

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 471.

MURCIA 30 DE ABRIL DE 1899.

La Juventud Literaria

UN ESPAÑOL DE OTROS TIEMPOS

El último domingo, cumplieron doscientos ochenta y tres años desde que dejó el mundo de los vivos, un pobre hidalgo, que peleó esforzadamente por su patria, estuvo largo tiempo cautivo, y escribió la obra más grande que figura entre las letras castellanas, y á pesar de esto tuvo que adular poderosos y vivir miserable y olvidado, para morir del mismo modo en la pobreza triste y fría de una guardilla de la corte...

No necesitamos decir más, para que se comprenda que nos referimos al Príncipe de los ingenios españoles, al inmortal autor de «Don Quijote», al gran Cervantes, que murió el 23 de Abril de 1616, precisamente el mismo día que el coloso de la dramática inglesa Shakespeare, como si aquellos dos géneos, hermanos en la noble esfera del arte, los dos más grandes humoristas y los dos más grandes ingenios de su época, no hubieran querido sobrevivirse el uno al otro...

Una lacónica noticia leían al azar en un periódico, la de unos funerales celebrados por el alma del gran Cervantes, nos han traído el recuerdo de este español ilustre cuya tumba se ignora; ha hecho surgir ante nosotros aquella noble figura del siglo XVII, caballeresca, gallarda, simpática; genuina representación de aquella España cuyo recuerdo, al menos, no puede morir jamás dígame lo que se diga, porque es demasiado grande para oscurecerse tan pronto; hemos visto con la imaginación, aquel hidalgo de humilde repilla, rostro atezado, frente magestuosa y melancólica mirada, en el oscuro fende del calabozo «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación», escribiendo el libro más admirable de nuestra literatura; lo hemos visto en la batalla de Lepanto defendiendo su bandera y perdiendo la mano izquierda en holocausto al patriotismo; lo hemos visto guerreando en Italia, llorando su cautividad en Argel, errante y miserable en su propia tierra, olvidado por los grandes y despreciado por los poetas, allá en el pobre lecho de su misera guardilla, preparándose á morir y escribiendo al conde de Lemos la carta que comenzaba:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo...

Extraña melancolía invade nuestro espíritu al recordar la fructífera y laboriosa vida de aquel gran ingenio, para quien fué tan ingrata su patria, que ni aún le señaló una tumba; únicamente la posteridad le ha hecho justicia colocando su nombre en el libro de oro de los genios.

¡Cervantes! Si siempre lo pasado tiene para nosotros cierta atracción y cierto encanto, ¡qué ne será cuando se recuerdan hombres como el autor del «Quijote», representación típica de otros tiempos y de otra raza!

JARAMAGO.



EL CANDIDATO

—(o)—

«Montado en su parda mula,
Tan trotona como falsa,
Un candidato, de negro
Vestido, camina á Babia.
Ni montañas le detienen
Ni ríos su paso atajan,
Ni sol, ni viento, ni lluvia
Le cohiben ni acobardan.
Le seducen los batuecos
Y las batuecas le encantan;
Trata de hacerlos felices
Y en pelillos no repara,
Ya le verán cuando pesque
El «candi de Dato» el ota.
Llegó al pueblo; allí le espera
Gentuzza de tal calaña
Que empiezan sus desencantos
Donde principian las casas.
Le vitorean, le empujan,
Y le pisan y le palpan.
El saluda sonriendo,
Y celebrando gansadas
De municepes que en crudo
Despellejan á los mandrias
Del otre partido, siguen
El candidato y su taifa
De mufidores, la ruta
Que conduce á la posada.
Ya en ella, me lo atiborran
De guises que no se acaban,
Le soban que es un contento
Y, si pueden, le emborrachan.
Ahitos él y ellos, le piden
Que abuse de la palabra,
Y obligan al desdichado
A que principie su charla,
Y sus prepositos cuente
Y defina su programa.
Abre el pobrete la boca,
Y dice y cuenta y desbarra...

Y, ya molido, termina
Pronunciando un ¡Viva Babia!
No el entusiasmo, el delirio
A los batuecos exalta,
Y al candidato se arrojan
Y le besan y le abrazan;
Unos le bañan en llanto,
Otros le llenan de babas,
Y á la ciudad vuelve el pobre
Renegando de su casta,
Y, como Sancho, diciendo:
—¡Insula de mis entrañas.
Buenos azotes me cuestan,
Buenos, mejores que el acta!

El día del escrutinio
Llegó por fin ¡oh desgracia!
Aquél candidato negro
No tuvo ni un voto en Babia:
Porque «La Tuerta», cacique
Con energía y con faldas,
Olvidó al «candi de Dato
Por un «candi» de Sagasta.

M. MONTI.



LA PAZ

¡Amor y Paz!... Que la dorada espiga
los surcos que el cañón abrió en la tierra
fértil encubra, y que la sombra amiga
del árbol torne á coronar la sierra.
Que, sin temor del daño,
baje á abrevarse al apacible río
el balador rebaño.
Que en la festiva danza
de la plaza del pueblo las doncellas
rían y hablen de amor y de esperanza.
Que cruce por la selva,
donde el silencio duerme,
cuando al hogar abandonado vuelva,
solo, el soldado de la patria inerme.
Que al pie de la alta cruz de los caminos
reposen los cansados peregrinos.
Que el recole no trunque
del padre anciano el rosegado sueño;
que retumba el martillo sobre el yunque;
que el hacha pula el derribado leño.
Que en nuestros valles caiga
la bienhechera lluvia,
como don de los cielos, y nos traiga
racimos negros y la espiga rubia,
para que el pan y el vino en nuestras manos,
símbolo fiel de la obtenida calma,
nos partamos alegres los hermanos
como una santa comunión del alma.

V. QUEROL

EN EL ABANICO

DE MI HIJA BEATRIZ

¡Como las mujeres!
¡Mire usted qué mona!...
¡También te las quieres
echar de persona!
«Que yo soy un «linca.»
«Que ya es un desaire
que cumplas los quince
sin «notas al aire.»
¡Y al oído me soplas
tres meses y pice
que te haga unas coplas
para tu abanico!
¡Por Dios que me abruma
tu dale que dale,
y cojo la pluma
á ver le que sale!
Cumplido el deseo,
á ver si me dejas
sin el «moscone»
en las dos orejas.

A ver si consigo
que vivas en calma.
¡Y yo qué te digo,
chiquilla del alma?
El rubor afronta,
que ya va de veras.
¡Tú no seas tonta!...
¡Pide lo que quieras!
¿Que tu encanto alabe?
Buena tentería.
Eso ya se sabe:
¡Si eres hija mía!
Hermosa naciste,
y suerte se llama.
«¡Si al tronco saliste»,
«bendita la rama!»
¿Qué...? ¿Te maravilla
que yo diga esto?...
¡Ya sabes, chiquilla,
que soy muy modesto!
¿Que tu rostro encanta
por su simpatía?...
¿Que es bella la planta?
¡Pues la tierra es mía!
Si he nacido franco,
de serlo me alegro:
¡A lo blanco, blanco,
y á lo negro, negro!
Si por feo asusto,
es á extraña gente.
¿A que á tí te guste?...
¡Pues, naturalmente!
No te cause enojos
que te llame hermosa,
pues para mis ojos
eres una rosa.
Yo me echo esa cuenta;
Digo lo que siento,

